

## GRAMÁTICA DE LAS MAGNITUDES

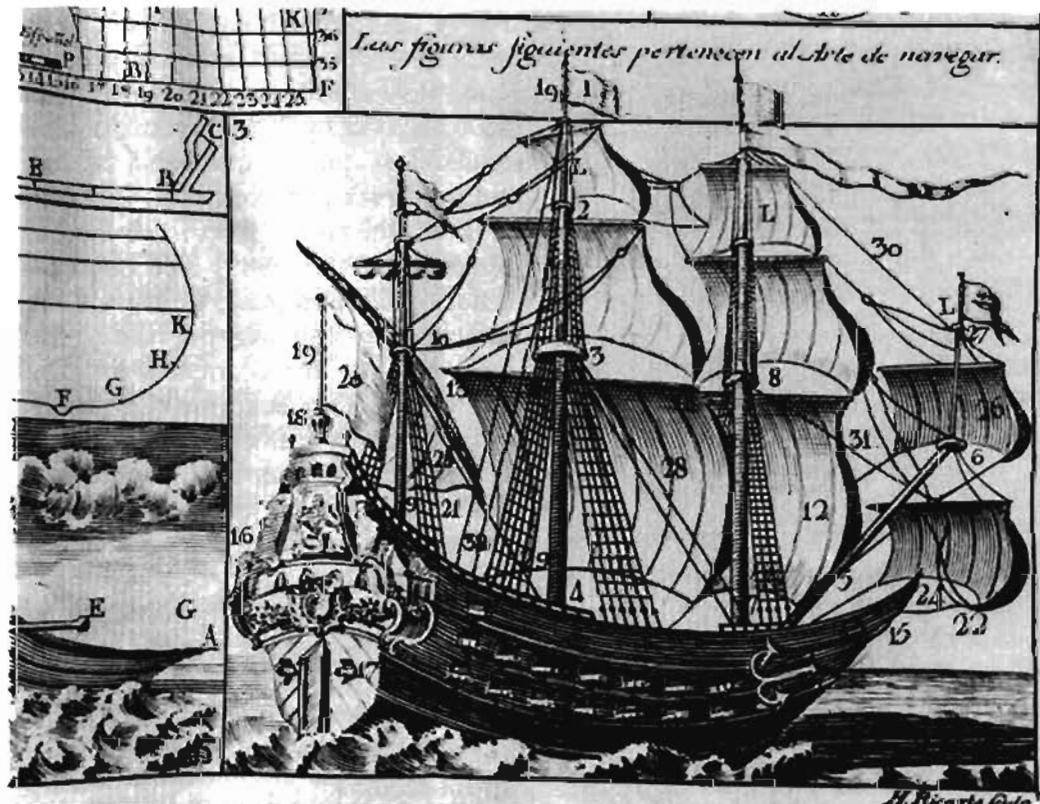
Hugo Diego Blanco

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades  
Universidad Autónoma de Puebla

Entre las matemáticas y la literatura corre un inextinguible río que arrasta números y palabras, alfabeto de círculos y líneas. Charles Baudelaire en aquella autobiografía espiritual que conocemos como *Diarios Íntimos* se dio el gusto de hacer coincidir al cielo con la tierra. "Dios es el único ser que para reinar no tiene ni necesidad de existir." Esta axiomática afirmación precedió a una cuestionable ecuación: "¿Existen locuras matemáticas y locos que piensen que dos y dos son tres?". Soren Kirkegaard, por su parte, siempre dudó que una persona que tuviera buen corazón llegara a ser un matemático distinguido y Giuseppe Tomasi di Lampedusa, el melancólico autor de

*El Gatopardo*, concluyó que podía ser escritor cuando supo que uno de sus primos, Lucio Piccolo, había publicado un libro con relativo éxito. "Con la certeza matemática de no ser más tonto, me senté ante mi mesa y escribí una novela" confesó en una carta. De Diderot se ha dicho que pocas veces se le vio tan desconcertado como cuando en un salón en donde se reunía la nobleza un matemático se acercó a él para decirle que podía demostrarle la existencia de Dios mediante una ecuación: " $(a+b^n)/n = x$ , por lo tanto Dios existe". Como Diderot entendía muy poco de esta gramática, se quedó mudo y prefirió retirarse.

De Jean Cocteau podemos decir, se-



gún el recuerdo de Ezra Pound, que tocaba los tambores en una orquesta de Jazz como si fuera un problema matemático muy difícil.

Las matemáticas son tan antiguas como el mundo, escribió en el siglo XVIII Joseph Sans en un libro cuyo título es muchas veces más una verdad que una contradicción: *El sabio ignorante*. Platón le dio a la aritmética el título de ciencia divina y San Isidoro de Sevilla en sus célebre libro *Etimologías* aseguró que si se perdía la capacidad de numerar entonces quedarían todas las cosas del universo en estado de ignorancia. Pitágoras, si hacemos caso a lo que refiere Pedro Bungio, convirtió a los números en sostén y guía de la materia y tejió una telaraña en donde atrapó a todos los entes, también atribuyó a los números impares la energía y la virtud de los hombres y los llamó principio y causa de todo lo bueno. Los números pares, interpreta el fantasioso Pedro Bungio, tienen inclinaciones femeninas y son el

principio y causa del mal. Termina con una inquisitorial aseveración: los números impares son divinos y los pares diabólicos.

En la historia de las ciencias es posible extraviarse en caminos ocupados por la neblina. Se ve poco y mal. Aunque también existen senderos transparentes rodeados de datos ciertos y demostrables. Es irrefutable, por ejemplo, el horizonte de posibilidades intelectuales que supone la existencia de una tablilla fechada hacia 1800 a.C. en Babilonia, en ella aparecen un conjunto de problemas relacionados con el cálculo de superficies de cuadrados, triángulos y círculos. Más difícil de demostrar es aquella ocurrencia de San Jerónimo quien llamó santo al número siete por los misterios que convoca. En algún sentido se encontraba de acuerdo con Cicerón pues el escritor latino pensaba que el número siete era el nudo de todas las cosas. Según estas disquisiciones de los antiguos, los años impares son particularmente críticos. Sobre todo el sesenta y tres, que es climatérico doble, pues está compuesto por siete veces nueve y nueve veces siete. Tan arraigada era esta creencia que el emperador Augusto César realizó ceremonias y festejos cuando el calendario le anunció que había cruzado sin riesgo tan peligrosa edad.

E.T. Bell en su *Historia de las Matemáticas* (FCE, 1949) dice que cualquiera que sea su punto de partida “las matemáticas han llegado hasta nuestros días por dos corrientes principales, el número y la forma. La primera comprendió la aritmética y el álgebra y la segunda la geometría. En el siglo XVIII esas dos corrientes se unieron y formaron el creciente caudal del análisis matemático”

Entre los puntos de partida y los lugares de llegada es posible cabalgar sobre aciertos y acertijos, navegar entre certezas y ocurrencias, entre lo que el sabio ignora, el poeta escribe y nosotros leemos.

